

forma que cayeran las pesas. Nos proveíamos de una típica bota de vino, de unas buenas lonchas y de un sabroso pan tierno. Con estas reservas, con nuestro buen cigarro puro y una corbata chillona, no había corrida mala, y si el festejo artístico fracasaba nos hacíamos la cuenta que habíamos estado de merienda en una romería y en paz. ¿Y ahora?

Ahora vamos al fútbol con el gesto horrible de traidor de un drama de Calderón, porque queremos que nuestro amor propio, que lo hemos puesto en uno de los dos equipos, lo mismo que lo podíamos haber puesto en mejor causa, triunfe a toda costa. Es verdad que allí se juega con un animal inocente y, lo que es peor, con la vida de nuestros semejantes, pero, ¡caramba!, que las patadas que se arrean aquí no son tampoco cosas de chicos. Así, pues, ¿cómo diablos nos hemos de aprestar a pasar la tarde, como lo hacíamos antes, si nos la van a amargar, o la amargaremos nosotros, y además se nos va a salir el aire por las mellas cuando intentemos pronunciar uno de esos términos ingleses de que se nutre ese juego?

Yo recuerdo, con verdadera nostalgia, nuestros viajes de hace treinta años; no es mucho, pero aquello era una verdadera delicia. Teníamos que volcar la casa sobre los baúles, porque si sabíamos cuándo íbamos a salir, ignorábamos, desde luego, el momento de nuestro regreso. Todas las fiambreras y cuanto más voluminosas mejor, eran pocas. Pienso que desde entonces debe datar nuestra pequeña aversión a las tortillas de patatas. Pero, en fin; llegaba el momento de montar y montábamos. Aparte de lo que llevábamos en el furgón, nuestro compartimento quedaba convertido en un verdadero campo de Agramante: sombrereras, maletas, cestas, bolsos, bastones, paraguas... ¡Qué sé yo! Los viajeros nos acogían con una ancha sonrisa, como si pensasen que todas las malas cosas que podían suceder en aquella habitación de cuatro ruedas las podrían soportar mejor cuantos más fuésemos. Ahora es cuando reflexiono acerca de las razones que tendrían aquellos trenes para correr tan poco y cuáles motivos para no enlazar ninguno. Tres o cuatro días de aquí a Cádiz; emparentábamos todos los viajeros y llegábamos con las botas y los trajes rotos. No me digan ustedes que esto no tenía gracia.

Bueno, pues nuestro magnífico tren TALGO va a dar al traste con todo esto. ¡Qué lástima!

Tendremos una gran comodidad, limpieza, rapidez; pero esos quitamanchas, esos sastres, esos zapateros y, sobre todo, las cocineras, sufrirán un tremendo parón en sus actividades, porque, ¿han pensado ustedes en la cantidad de tortillas de patatas que van a so-

MARIANO E. CARDENAL



## POEMA DE LA TIERRA DURA <sup>(1)</sup>

*Para Pedro Caba y Jesús Delgado Valhondo, corazones como el mío, troquelados siempre a fuego de paisaje.*

I

Ahora que comulga el horizonte  
la blanca eucaristía de la luna,  
y todo en un abismo se oscurece  
en silencio por sombras redimido...

Ahora que la sombra con sus hachas  
va talando los troncos y el paisaje,  
y llega con sigilo de leopardo  
por todos los caminos de la tierra...  
yo medito, yo siento, yo camino,  
y es que esta soledad me pesa tanto.

Escultura silente, hora uncida  
por este cinturón de cielo rojo.  
Cielo sin voz tallado en un silencio  
inmóvil asesino de las horas.  
¡Soledad florecida como un lirio  
en el páramo duro del ocaso...!

Sí. Esta soledad me pesa tanto  
que me ciñe la angustia de la tierra,  
una angustia con filos de crepúsculo  
y ausencias definidas por el barro.

Es preciso ser carne de este suelo  
amamantar las horas y los árboles:  
historia del paisaje y del terruño  
con la sangre florida en primavera.

Yo besaré esta tierra aunque me queme  
un dolor sin distancias ya cercano;  
las estrellas dirán a mis oídos  
un tronchado rumor de plata viva.

(1) Fragmentos de un poema inédito con el mismo título.

Si mis manos ardieran en la luna,  
esa luna tan alta, tan lejana...

## II

En esta inmóvil tarde traspasada  
de caminos, de luz y golondrinas,  
me siento más vacía mi pisada.

Ya despierta la rosa de los vientos  
con su cáliz en flor de cuatro esquinas:  
brisa niña en pañal de nacimientos.

Guadañas de silencio van segando  
las sombras recostadas de los pinos.  
Ya sus alas la tarde está plegando.

Voy con mi sombra y con mi tacto a oscuras  
por esta soledad de mis caminos,  
cansado ya de viejas singladuras.

No digáis que esta luz, que este momento,  
que este gozo florido en primavera,  
sea en mi sed el esperado adviento.

Que la roja magnolia del ocaso  
crucifica mi luz con su quimera,  
y me pierdo en la historia de mi paso.

Peregrino de mí, yo busco un río,  
o una nube, o un azul donde se vierta,  
sólo tu voz, tu claridad, Dios mío.

Tengo miedo a esta tierra. tierra dura,  
que aguarda amamantar la vida muerta,  
para hacer un paisaje en su clausura.

...Dejadme en mi sendero de ansiedades,  
sólo, olvidado, caminando siempre,  
florido en soledad de soledades...

## III

Tierra dura. Ingrata para el hombre  
que espera la llamada de su entraña.

Esta amarga llamada que no sabe  
ni su voz, ni su nombre, ni su tiempo,  
pero sabe el huir de los caballos  
en galopes febriles por las venas,  
y conoce el dolor roto en los troncos  
de los cuerpos talados por las horas...

Es inútil verterse en la corriente  
de los ríos que ignoran sus orillas,  
suicidarse en la voz de las estrellas,  
o buscar entre nombres olvidados  
los intactos perfiles de la rosa.

Es inútil troncharse la garganta,  
o podarse la voz entre las manos.  
Si al final navegamos en la tierra:  
relámpagos o garra de raíces.

Yo he visto en esta tierra las espigas  
doblarse con sus nombres amarillos,  
y yo he visto a las nubes en manada  
empujar a la tarde en la llanura.  
Sé las horas nupciales de los lirios  
con las lunas de Abril en flor de espuma...  
La sangre de la tierra, sé la entraña,  
el íntimo latir de sus adentros,  
y es porque muchas veces he tenido  
los pulsos del terruño entre mis manos.

Y ahora esta tierra mía, tierra muda,  
sabe mi nombre y cuándo ha de llamarlo,  
cuándo ha de modelar entre su carne  
otra vez esta tierra que era suya.

Sin embargo la abrazo, sí, la beso,  
aunque esculpa mis ojos en un bronce  
o los talle en dolor de roca viva  
para no ver, no sentir esta espera  
exacta en soledad, plena en silencio.  
¡Tierra inmortal, oh tierra humana, dura...!